

La última sonrisa.

De repente una de las ventanas de madera vieja se abrió bruscamente, haciendo volar el cabello negro azabache de la muchacha que se encontraba sentada en el suelo del cuarto. La joven levantó la mirada haciendo que sus expresivos ojos verdes cual nenúfar fijaran su mirada en el paisaje que se podía apreciar a través de las cortinas que ahora volaban sobre el marco del cristal. Al ver tanta belleza natural, la chica apoyó sus pálidas manos sobre el frío suelo de piedra lisa y se incorporó sintiendo el frígido piso en sus pies descalzos, aún así comenzó a caminar hacia la abierta ventana lentamente, sintiendo cada rayo de sol que entraba por ella, cada ráfaga del viento, cada lágrima que se deslizaba sobre su rosada mejilla, y al llegar a su destino apoyó sus manos sobre el marco y asomó su pequeña cabeza, el sol la cegaba levemente pero ella miraba asombrada, no por ser la primera vez que admiraba tal hermoso follaje, lo había tenido delante durante años, veinte años, y es ahora cuando, desde una habitación vieja de colores oscuros, comienza a ver con una belleza sobrenatural las cosas a las que antes no daba importancia. Y lloraba, lloraba de rabia y felicidad, se expresó ante la naturaleza, se abrió a ella, y lloraba, lloraba y sonreía, sonreía porque se sentía afortunada por todo, por haber vivido la tranquila vida que vivía hasta hace un par de semanas, por poder contemplar tan bello paisaje desde esa triste habitación. No luchaba por contener las lágrimas que caían una a una pero tampoco por borrar la curvatura que se dibujaba en su cara.

Sabía que no iba a vivir mucho, pero debía vivir bien, necesitaba aprovechar y aprovechar lo mejor posible, exprimir cada minuto, cada segundo. Por ello saltó, saltó de un primer piso, y corrió con los tobillos doloridos, descalza, fatigada, pero no frenó, no dejó que sus pies dejaran de avanzar, se coló entre los árboles cual hada perdida entre la maleza. Alzó los brazos en símbolo de libertad, no podía parar de reír, la triste muchacha que hace minutos lloraba en el suelo de un hospital ahora estaba riendo.

Se sentó en un tronco caído por la falta de aire y se sacudió los pies, finalmente pudo relajarse sin el sonido de las máquinas ni de los quejidos de los pacientes a su alrededor. Cerró los ojos y sintió el aire que rozaba cada poro de su piel, el mismo que levantaba su blanco camisón y arrastraba algunas hojas con él. Tras descansar se levantó y caminó relajada hacia una corriente de aguas limpias, se sentó a la orilla y metió los pies, el transparente líquido era gélido pero ella lo disfrutaba, cada gota, cada mariposa, cada pájaro, cada hoja. Miró a la izquierda y vio una flor tremendamente bella, se asombró por ella pero no la arrancó, pues incluso las plantas merecen una larga vida, en cambio, se acercó a ella, y la admiró, admiró cada pétalo, cada hoja, era una combinación divina, y sonrió de nuevo, esta vez sería la última, pues sus ojos se cerraron lentamente y su peso cayó sobre la verde hierba, al lado de la peculiar flor, pues contra una enfermedad terminal, a veces, no se puede ganar.

Laura Luque Aragón.